

Me llamo Micaela y tengo nueve años. En verdad antes no me gustaba mi nombre, pero ahora me encanta. Desde que mi mamá me dijo que me lo pusieron por Micaela Bastidas, la heroína. Claro que mi papá me lo cambia por fastidiar. Me llama habichuela... ciruela... tachuela... viruela... ¡y a mí me divierte porque ni caso le hago y él se pica!

A mi mami sí la fastidia: le anda diciendo que está GOOOORDA. A ella no le importa mucho, pero se cuida un montón. Ya ni come (tantos) chocolates como antes. Sólo se molesta cuando mi papá, que es un palo, le dice “mi mondonga” y le pellizca sus rollitos.

Soy un poco alta para mi edad y también un poco llenita, como mi mamá. Me encanta ver dibujos animados y leer cuentos con finales felices. En mi cuarto tengo una repisa llena de cuentos y libros para pintar. Y en la ventana,

muchos animales de cerámica. El que más me gusta es el caballito de mar.

Vivo con mi papá, mi mamá y mis dos hermanos. Rodrigo es el manganzón, me lleva cuatro años y es más espeso que una sopa. A mi hermanito Vicente igual le llevo cuatro años y es supermovido. No tenemos perro ni gato, por culpa de mi mamá. “La casa es muy pequeña”, dice, “además, ¿quién va a limpiar sus cochinas?”. Entonces ha llenado la sala y el comedor con sus plantas.

Hay helechos, begonias, chifleras, cactus... y no se puede corretear porque se molesta horrible. A veces nos lleva al parque y es peor, porque tengo que perseguir a Vicentín por todos lados. ¡Nadie lo para en su triciclo! Y si lleva su pelota, PUM pateo por acá PUM pateo por allá y todo es gol gol gol. Y mi mamá de lo más tranquila. Conversando con una amiga, con otra, COMOSINADA. ¡Qué tal raza!



Un domingo almorzábamos riquísimo. Mis papás tomaban su vinito y RINNNNN RINNNNN el teléfono. ¡Fuchi! Por qué tiene que sonar a cada rato y ser yo la que conteste. Era para mi papi, URGENTE del periódico. Apenas se paró, Rodrigo le dijo a mi mamá:

–Mira, una araña... –y señaló el techo. Ella levantó los ojos asustada y él aprovechó para tomarse el vino de mi papá. Vicente lo festejó (es su superhéroe) pero mi mamá lo miró bien molesta.

–Se te van a quemar las tripas –le dije yo.

–Come nomás... OINC OINC.

–No fastidies a tu hermana que le digo a tu papá –le advirtió mi mamá justito cuando él regresaba.

Ni enterado. Se sentó y se puso a hablar del artículo que tenía que escribir. Él trabaja en la

sección deportes, así que acostumbra hablarnos sobre su equipo (que para él es el mejor del mundo, pero siempre pierde) y sobre algunos jugadores que se la dan de mucho. Comienza tranquilo y poco a poco va emocionándose. A mi mami, la verdad, le importa un comino el fútbol pero se hace y mueve su cabeza: “Sí... sí... claro”.

Pero ahora ella lo interrumpió:

—¿No ibas a hablar de las vacaciones de los chicos?

—Ah, tienes razón —dijo y cambió de tema al toque.

—¿Qué tal las matemáticas, muchacho?

—Ahí —contestó Rodrigo. Él nunca habla más de tres palabras juntas. Es un fresco. Como “está en la edad del burro” (así dice mi mamá), no le exigen nada.

—Y a ti, princesa, ¿qué tal te va con la tabla?

¡Pucha!, para qué dije “excelente”. Empezó a tomarme la del tres y siguió con la del cinco, después la del siete, la del nueve, la del doce. Al derecho y al revés. En orden y todo desordenado. ¡Qué pesado! Contesté más o michi, pero se me enfriaron mis tallarines...

–Bueno, este verano se van a una casa de playa... –dijo de repente y glop glop tomó su vino–, con su mamita. Un par de meses a chiva-tear de lo lindo –y de nuevo glop glop. Rodrigo y Vicente gritaron EHHHHHHH y golpearon la mesa.

“Qué sapo es mi papá”, pensé, “quiere quedarse solo para ver su vhs y dormir hasta cualquier hora”.

